



EL ORIGEN Y EL FIN DE LA CATEQUESIS: LA FE APOSTÓLICA

Lección 2:

UNA ENCRUCIJADA PARA LOS APÓSTOLES: ACEPTAR EL ORIGEN DIVINO DE JESÚS Y, A LA VEZ, EL CAMINO HACIA EL SACRIFICIO

I. RECAPITULACIÓN:

Recordemos brevemente lo que vimos en la primera sesión.

1º. La idea central que explica el contenido de esta asignatura es la siguiente: la catequesis parte del acto de fe de los Apóstoles en la persona de Jesús y tiende a hacer partícipe a los catequizandos de esa misma fe.

Los Apóstoles, que conviven con Jesús y son testigos de su vida, de su muerte y de su resurrección, le darán fe. Esta fe de los apóstoles significará dos cosas que son como dos caras de la misma moneda: 1) un conocimiento cierto del misterio de la persona de Cristo; 2) un vínculo indestructible que les une a él y, a través de él, al Dios Uno y Trino.

La catequesis parte de este acto de fe de los Apóstoles en la persona de Jesús y conduce a los hombres para que ellos mismos se unan a la fe apostólica, la fe de toda la Iglesia. Así, por la comunión en la fe de los Apóstoles, pueden penetrar en este conocimiento del misterio de Cristo y unirse a él.

2º. La fe de los Apóstoles en Jesús no es un hecho puntual, sino que es un proceso, un camino. Nosotros estudiamos el camino de la fe de los Apóstoles porque la catequesis debe introducir a los hombres en el mismo camino de fe.

3º. Centrándonos en el Evangelio según san Juan, el primer día vimos los inicios de este camino, los primeros pasos de la fe de los Apóstoles.

3.1. Sus primeros pasos tienen que ver con el testimonio de Juan el Bautista y con la fe recibida del Antiguo Testamento, un camino de preparación a la revelación definitiva de Dios en Cristo que es necesario recorrer. Y analizamos algunos de los contenidos de la fe del Antiguo Testamento.

3.2. Nos dimos cuenta también de que los primeros pasos de la fe de los Apóstoles tenían forma de **expectación**. Su primer contacto con Jesús despertó en ellos una expectativa.

- Esa expectación tiene que ver con las promesas del AT, pero también con su corazón, con el deseo que constituye el corazón humano, el deseo que le hace clamar por ir más allá de todo y alcanzar a Dios. Un deseo que muestra que el corazón del hombre es «capaz de Dios». Estos dos puntos están íntimamente conectados: el AT, con sus promesas, no hace sino educar, sostener y fomentar este deseo.
- Pero la expectación necesita ser verificada y confirmada en el seguimiento personal de Jesús. No podían saber que Jesús era el cumplimiento de las promesas del AT y el cumplimiento de los deseos más profundos de su corazón, sin ir con él.

3.3. Por último, nos percatamos de la importancia de las relaciones humanas en este camino de la fe. La relación con el Bautista, la trama de relaciones entre ellos y la relación con Cristo, que los admite en su compañía, que los hace participar de su camino.

De estos elementos que vimos en los primeros pasos de la fe de los apóstoles, podemos sacar algunas conclusiones para la catequesis:

1º. Que el centro de atención de la catequesis es la persona de Jesús. Pero la atención a Cristo debe ir precedida o acompañada por una referencia constante a los contenidos de la fe del Antiguo Testamento y a los deseos más profundos del corazón humano.

2º. Que el camino de la fe implica desde el principio un salir y ponerse en camino. No es un mero discurso sobre ideas, sino un camino de relación y de seguimiento, en el que es involucrado el hombre entero.

3º. Que en este camino el entramado de relaciones humanas, de relaciones personales, es fundamental.

II. INTRODUCCIÓN:

Antes de seguir adelante, quiero dejar clara una premisa importante: la fe es, ante todo, una respuesta. No es solo una respuesta, pero fundamentalmente sí: una respuesta a la revelación de Dios. Por eso no se puede comprender el progreso de la fe apostólica sin tener en cuenta el progreso de la revelación de Jesucristo, que paso a paso va a ir

revelando su misterio: quién es y qué viene a hacer, su persona y su misión. Ante la paulatina revelación de Jesús los discípulos hacen también su camino de fe.

Ahora vamos a dar un salto de más de un año en el camino de seguimiento de los Apóstoles. Durante ese tiempo lo han escuchado y le han visto hacer el primer gran signo: la conversión del agua en vino en Caná de Galilea. Después, han estado con él en Jerusalén, allí han sido testigos de la «purificación del Templo», en el marco de la fiesta de Pascua judía, la primera de la vida pública de Jesús. Han viajado con él y han atravesado Samaría, etc.

A cada paso de este camino, Jesús se había presentado ante los que le escuchaban como quien tenía una relación única con el Dios verdadero, el Dios que los judíos conocían por la Antigua Alianza. En concreto, había manifestado que él se consideraba a sí mismo como Hijo de Dios y Uno con Dios.

A nosotros nos resulta sencillo decir que Jesús es el Hijo de Dios y que es Dios, pero daos cuenta de que para los judíos era toda una provocación, una provocación que será la causa de la muerte de Jesús. ¿Por qué era una provocación? Porque ellos sabían que todo el universo es pequeño para contener a Dios y que nada de este mundo puede confundirse con él, porque Dios lo creó todo y es más grande que todo. Entonces, si Dios no puede confundirse con nada de este mundo y él es más grande que todo, ¿cómo puede un hombre presentarse como si él mismo fuera Dios? Además, los judíos tenían una idea clara y verdadera sobre Dios, que es Uno: **«Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios, es el Único Dios»** (Dt 6,4). ¿Cómo es posible que ahora un hombre diga ser «hijo de Dios»? Si es su Hijo, participará de su naturaleza, será también «dios» y entonces, ¿habrá más de un Dios? Por eso, cuando Jesús se identificaba con Dios y se mostraba como Hijo de Dios, provocaba salpullidos entre los judíos.

Pero además, Jesús también se había presentado como alguien decisivo para la vida del hombre, como la clave de la existencia humana, como quien puede saciar el corazón con un agua que salta hasta la vida eterna, como aquel de quien depende el acceso de cada hombre concreto a Dios. Pensadlo: ¿algún hombre tiene en su mano el logro de la vida de otro? Preguntaos. Todos tenéis hijos o hijas o esposo o esposa, o alguien a quien queréis. ¿Puede cualquiera de nosotros asegurar la vida dichosa de su hijo o de su hija, de su esposo o de su esposa? Evidentemente, «no». Nadie puede asegurar que su hijo alcance la felicidad y la vida lograda. Pues aquí se presenta un hombre —eso es lo que pueden ver los discípulos y la gente que se encuentra con Jesús— que le dice a la samaritana: **«Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a él y él te daría agua viva [... Porque] todo el que beba de esta agua [la del pozo de Sicar] volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no volverá a tener sed jamás»** (Jn 4,10.13-14).

Esto es lo que llamamos la pretensión de Jesús: que, siendo hombre, se identifica con Dios y con la respuesta al reto de la vida del hombre, la respuesta a los deseos más profundos del corazón.

Los discípulos habían sido testigos de esto y de algunos signos, que hacían posible entender que esta pretensión de Jesús fuese cierta.

Ahora vamos a considerar dos momentos de la vida de Jesús que tienen que ver con esta pretensión. Al primero nos referiremos de forma breve, para centrarnos en el segundo.

III. LA REVELACIÓN DE LA FILIACIÓN EN LA PISCINA DE BETESDA (Jn 5,1-47)

«Se celebraba una fiesta de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina, llamada en hebreo Betesda, que tiene cinco pórticos, bajo los que yacía una muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos.

Estaba allí un hombre que padecía una enfermedad desde hacía treinta y ocho años. Jesús, al verlo tendido y sabiendo que llevaba ya mucho tiempo, le dijo: “¿Quieres curarte?”.

El enfermo le contestó: “Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se mueve el agua; mientras voy, baja otro antes que yo”.

Le dijo Jesús: “Levántate, toma tu camilla y ponte a andar”.

Al instante aquel hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar. Aquel día era sábado. Entonces le dijeron los judíos al que había sido curado: “Es sábado y no te es lícito llevar la camilla”.

Él les respondió: “El que me ha curado es el que me dijo: ‘Toma tu camilla y anda’.

Le interrogaron: “¿Quién es el hombre que te dijo: ‘Toma tu camilla y anda?’”.

El que había sido curado no sabía quién era, pues Jesús se había apartado de la muchedumbre allí congregada.

Después de esto lo encontró Jesús en el Templo y le dijo: “Mira, estás curado; no peques más para que no te ocurra algo peor”.

Se marchó aquel hombre y les dijo a los judíos que era Jesús el que le había curado. Por eso perseguían los judíos a Jesús, porque había hecho esto un sábado. Jesús les replicó: “Mi Padre no deja de trabajar, y yo también trabajo”.

Por esto los judíos con más ahínco intentaban matarle, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios.

Respondió Jesús y les dijo: «En verdad, en verdad os digo que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; pues lo que Él hace, eso lo hace del mismo modo el Hijo. Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que Él hace, y le mostrará obras mayores que estas para que vosotros os maravilléis. Pues así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, del mismo modo el Hijo da vida a quienes

EL ORIGEN Y EL FIN DE LA CATEQUESIS: LA FE APOSTÓLICA

quiere. El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre que le ha enviado.

»En verdad, en verdad os digo que el que escucha mi palabra y cree en el que me envió tiene vida eterna, y no viene a juicio sino que de la muerte pasa a la vida. En verdad, en verdad os digo que llega la hora, y es esta, en la que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan vivirán, pues como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado al Hijo tener vida en sí mismo. Y le dio la potestad de juzgar, ya que es el Hijo del Hombre. No os maravilléis de esto, porque viene la hora en la que todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron el bien saldrán para la resurrección de la vida; y los que practicaron el mal, para la resurrección del juicio. Yo no puedo hacer nada por mí mismo: según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad sino la voluntad del que me envió.

»Si yo diera testimonio de mí mismo, mi testimonio no sería verdadero. Otro es el que da testimonio de mí, y sé que es verdadero el testimonio que da de mí. Vosotros habéis enviado mensajeros a Juan y él ha dado testimonio de la verdad. Pero yo no recibo el testimonio de hombre, sino que os digo esto para que os salvéis. Aquel era la antorcha que ardía y alumbraba, y vosotros quisisteis alegraros por un momento con su luz. Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan, pues las obras que me ha dado mi Padre para que las lleve a cabo, las mismas obras que yo hago, dan testimonio acerca de mí, de que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me ha enviado, Él mismo ha dado testimonio de mí. Vosotros no habéis oído nunca su voz ni habéis visto su rostro; ni permanece su palabra en vosotros, porque no creéis en este a quien Él envió. Examinad las Escrituras, ya que vosotros pensáis tener en ellas la vida eterna: ellas son las que dan testimonio de mí. Y no queréis venir a mí para tener vida.

»Yo no busco recibir gloria de los hombres; pero os conozco y sé que no hay amor de Dios en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibís; si otro viniera en nombre propio, a ese lo recibiríais. ¿Cómo podéis creer vosotros, que recibís gloria unos de otros, y no queréis la gloria que procede del único Dios? No penséis que yo os acusaré ante el Padre; hay quien os acusa: Moisés, en quien vosotros tenéis puesta la esperanza. En efecto, si creyeseis a Moisés, tal vez me creeríais a mí, pues él escribió sobre mí. Pero si no creéis en sus escritos, ¿cómo vais a creer en mis palabras? (Jn 5,1-47)».

1. En este capítulo veremos algo que se repite habitualmente en el Evangelio de san Juan: la combinación entre los signos y los discursos, que se aclaran mutuamente y, de esa forman, llaman conjuntamente a la fe. Aquí el signo es la curación del parálítico que espera una sanación que no llega hasta este momento. Y el discurso de Jesús va a ser el primero donde desarrolla el tema de su filiación en polémica con «los judíos».

2. Juan hace notar el paso del tiempo, parece la segunda vez que Jesús sube a Jerusalén con sus discípulos. El paso del tiempo parece determinante en la comprensión que «los discípulos» y «los judíos» adquieren de la revelación de Jesús. A cada paso, la pretensión

que muestra Jesús de ser el Hijo de Dios es más clara, y la decisión ante él se hace más urgente. Esta es la cuarta vez en el Evangelio en que Jesús alude explícitamente a su filiación divina.

Por otro lado, Juan marca con las fiestas judías el transcurrir de la vida de Jesús, dando la idea de que sus palabras y los hechos de su vida tienen que ver con la Historia de la Salvación.

3. Después del «signo» de la curación del paralítico, se desarrolla, en discusión con los judíos, la primera gran revelación explícita de la filiación divina de Jesús. Es la cuarta vez que Jesús alude a ella, pero ahora lo hará con tal claridad que los judíos se ven forzados a tomar postura. Hasta ahora podían pensar que Jesús hablaba con metáforas, pero ahora se percatan de que cuando Jesús habla de Dios como su Padre no está haciendo comparaciones, sino que realmente está diciendo que él es engendrado por Dios y que Dios y él se identifican. Entienden bien el alcance de lo que está diciendo Jesús y por eso se escandalizan.

4. La discusión comienza porque Jesús ha curado en sábado. Los judíos se quejan de que hiciese estas cosas en sábado. Entonces Jesús responde: **«Mi Padre no deja de trabajar, y yo también trabajo».**

Jesús no solo afirma su filiación, sino el modo de ser hijo: hace lo mismo que el Padre.

Los judíos entienden perfectamente, por eso se oponen radicalmente a él, hasta el punto de que Juan habla de que ya buscan su muerte: **«Por esto los judíos con más ahínco intentaban matarle, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios».**

La afirmación fundamental de Jesús es que él es el Hijo, el Hijo de Dios, y que al ser el Hijo tiene vida en sí mismo, porque participa del ser del Padre. La identificación de Jesús con Dios es total. Dios es el que tiene en sí la vida, el que tiene el ser (recordemos Ex 3,14: «Yo soy el que soy»). Y Jesús dice que participa de este ser del Dios único: **«como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado al Hijo tener vida en sí mismo».** El Hijo participa del ser del Padre.

Y aquí hay una consecuencia para los hombres. Por tener la vida en sí, el Hijo da la vida *eterna* a quien cree en él. La vida eterna en el evangelio de san Juan no es la mera inmortalidad del alma, sino la vida de Dios, la vida divina.

Por tanto, la identificación con el Padre tiene una consecuencia práctica para los hombres: que en Jesús se cifra la salvación de hombre. Pero una salvación sorprendente, porque consiste en algo no imaginado hasta entonces: alcanzar la vida de Dios, que es lo que en Juan significa la expresión "vida eterna". Nunca un judío había identificado la salvación prometida como una realidad tan alta. Alcanzar la vida divina es la respuesta al deseo del corazón humano, pero una respuesta inimaginable, inaudita. Como diría san

Pablo en otro lugar: «Ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó por el corazón del hombre, lo que preparó Dios para los que le aman» (1 Cor 2,9).

IV. EL PAN DE VIDA (Jn 6,1-69)

Después de lo visto, podría parecer que poca novedad podría ya asustar, sorprender o provocar, a sus discípulos y a «los judíos». Pero no es así. Vamos a otro momento del evangelio según san Juan.

Aquí vamos a encontrar una revelación decisiva de Jesús y una toma de postura que también va a ser decisiva en los suyos. Todo empieza con un gran milagro: Jesús multiplica unos panes y peces y sacia a una multitud de hombres.

He aquí el pasaje:

«Después de esto partió Jesús a la otra orilla del mar de Galilea, el de Tiberíades. Le seguía una gran muchedumbre porque veían los signos que hacía con los enfermos. Jesús subió al monte y se sentó allí con sus discípulos. Pronto iba a ser la Pascua, la fiesta de los judíos.

Jesús, al levantar la mirada y ver que venía hacia él una gran muchedumbre, le dijo a Felipe: “¿Dónde vamos a comprar pan para que coman estos?”. Lo decía para probarle, pues él sabía lo que iba a hacer.

Felipe le respondió: “Doscientos denarios de pan no bastan ni para que cada uno coma un poco”.

Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dijo: “Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero, ¿qué es esto para tantos?”.

Jesús dijo: “Mandad a la gente que se siente”. Había en aquel lugar hierba abundante.

Y se sentaron un total de unos cinco mil hombres. Jesús tomó los panes y, después de dar gracias, los repartió a los que estaban sentados, e igualmente les dio cuantos peces quisieron.

Cuando quedaron saciados, les dijo a sus discípulos: “Recoged los trozos que han sobrado para que no se pierda nada”.

Y los recogieron, y llenaron doce cestos con los trozos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido.

Aquellos hombres, viendo el signo que Jesús había hecho, decían: “Este es verdaderamente el Profeta que viene al mundo”.

Jesús, conociendo que estaban dispuestos a llevárselo para hacerle rey, se retiró otra vez al monte él solo.

ESCUELA DE CATEQUISTAS

»Cuando estaba atardeciendo, bajaron sus discípulos al mar, embarcaron y pusieron rumbo a la otra orilla, hacia Cafarnaún. Ya había oscurecido y Jesús aún no se había reunido con ellos. El mar estaba agitado a causa del fuerte viento que soplabla. Después de remar unos veinticinco o treinta estadios, vieron a Jesús que andaba sobre el mar y se acercaba hacia la barca, y les entró miedo. Pero él les dijo: “Soy yo, no temáis”.

Entonces ellos quisieron que subiera a la barca; y al instante la barca llegó a tierra, al lugar adonde iban.

Al día siguiente, la multitud que estaba al otro lado del mar vio que no había allí más que una sola barca, y que Jesús no había subido a ella con sus discípulos, sino que estos se habían marchado solos. De Tiberíades otras barcas llegaron cerca del lugar donde habían comido el pan después de haber dado gracias al Señor. Cuando la multitud vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, subieron a las barcas y fueron a Cafarnaún buscando a Jesús. Y al encontrarle en la otra orilla del mar, le preguntaron: “Maestro, ¿cuándo has llegado aquí?”.

Jesús les respondió: “En verdad, en verdad os digo que vosotros me buscáis no por haber visto los signos, sino porque habéis comido los panes y os habéis saciado. Obrad no por el alimento que se consume sino por el que perdura hasta la vida eterna, el que os dará el Hijo del Hombre, pues a este lo confirmó Dios Padre con su sello”.

Ellos le preguntaron: “¿Qué debemos hacer para realizar las obras de Dios?”.

Jesús les respondió: “Esta es la obra de Dios: que creáis en quien Él ha enviado”.

Le dijeron: “¿Y qué signo haces tú, para que lo veamos y te creamos? ¿Qué obras realizas tú? Nuestros padres comieron en el desierto el maná, como está escrito: ‘Les dio a comer pan del cielo’”.

Les respondió Jesús: “En verdad, en verdad os digo que Moisés no os dio el pan del cielo, sino que mi Padre os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que ha bajado del cielo y da la vida al mundo”.

“Señor, danos siempre de este pan”, le dijeron ellos.

»Jesús les respondió: “Yo soy el pan de vida; el que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá nunca sed. Pero os lo he dicho: me habéis visto y no creéis. Todo lo que me da el Padre vendrá a mí, y al que viene a mí no lo echaré fuera, porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad sino la voluntad de Aquel que me ha enviado. Esta es la voluntad de Aquel que me ha enviado: que no pierda nada de lo que Él me ha dado, sino que lo resucite en el último día. Porque esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el último día”.

Los judíos, entonces, comenzaron a murmurar de él por haber dicho: «Yo soy el pan que ha bajado del cielo». Y decían: “¿No es este Jesús, el hijo de José, de quien conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo es que ahora dice: ‘He bajado del cielo?’”.

Respondió Jesús y les dijo: “No murmuréis entre vosotros. Nadie puede venir a mí si no le atrae el Padre que me ha enviado, y yo le resucitaré en el último día. Está escrito en los Profetas: ‘Y serán todos enseñados por Dios’. Todo el que ha escuchado al que viene del Padre, y ha aprendido, viene a mí. No es que alguien haya visto al Padre, sino que aquel que procede de Dios, ese ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo que el que cree tiene vida eterna.

EL ORIGEN Y EL FIN DE LA CATEQUESIS: LA FE APOSTÓLICA

»Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron. Este es el pan que baja del cielo, para que si alguien lo come no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Si alguno come este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo”.

Los judíos se pusieron a discutir entre ellos: “¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?”.

Jesús les dijo: “En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Igual que el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así, aquel que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo, no como el que comieron los padres y murieron: quien come este pan vivirá eternamente”.

Estas cosas dijo en la sinagoga, enseñando en Cafarnaún.

Al oír esto, muchos de sus discípulos dijeron: “Es dura esta enseñanza, ¿quién puede escucharla?”.

Jesús, conociendo en su interior que sus discípulos estaban murmurando de esto, les dijo: “¿Esto os escandaliza? Pues, ¿si vierais al Hijo del Hombre subir adonde estaba antes? El espíritu es el que da vida, la carne no sirve de nada: las palabras que os he hablado son espíritu y son vida. Sin embargo, hay algunos de vosotros que no creen”. En efecto, Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién era el que le iba a entregar.

Y añadía: “Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí si no se lo ha concedido el Padre”.

Desde ese momento muchos discípulos se echaron atrás y ya no andaban con él.

Entonces Jesús les dijo a los doce: “¿También vosotros queréis marcharos?”.

Le respondió Simón Pedro: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios” (Jn 6,1-69)».

Para que entendamos este pasaje es necesario darnos cuenta de la relación que el Evangelio de san Juan establece entre Jesús y Moisés, desde su famoso prólogo. Allí Juan habla del Verbo, del Hijo de Dios, el Verbo que pone su morada entre nosotros. Al final del prólogo, leemos: «**Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia. Porque la Ley fue dada por Moisés; la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás; el Dios Unigénito, el que está en el seno del Padre, él mismo lo dio a conocer**» (Jn 1,16-18).

En estas palabras se habla, primero, del gran don que dejó Moisés a su Pueblo: la Ley, que es entendida como un camino de vida. Nosotros solemos entender la ley como una imposición, pero en el AT la Ley aparece, por un lado, como la expresión de una Alianza amorosa entre Dios y su Pueblo; y por otro lado, como un camino de vida: «Haz esto y tendrás vida, tú y tus hijos». Esta es la gran herencia de Moisés.

Sin embargo el don de la Ley es una sombra en comparación con el gran don que trae el Verbo al hacerse hombre: la gracia y la verdad.

Volvamos a Moisés: ¿Cómo había sido capaz Moisés de entregar como herencia a su pueblo este camino de vida que era la Ley?: Por su relación estrecha con el Dios verdadero. Pero la relación de Moisés con Dios es solo una sombra comparada con la relación del Verbo, del Hijo con su Padre. El Verbo viene del Padre; es el Dios Unigénito, el único engendrado por el Padre; y él permanece en el seno del Padre. Esta intimidad no es comparable a la de Moisés. De ahí la diferencia entre el don que pudo dejar Moisés a su Pueblo y el don que nos da el Verbo hecho carne: **«la Ley fue dada por Moisés; la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo».**

La relación de Moisés con el Dios verdadero constituía su grandeza, pero tenía sus límites, descritos de forma muy gráfica y sugestiva en el libro del Éxodo (Ex 33,7-23). Se explica cómo Moisés entraba en la Tienda del Encuentro, establecida fuera del perímetro del campamento judío. Cuando Moisés se dirigía a ella, todo el pueblo se levantaba y permanecía en pie a la puerta de su tienda. Y cuando Moisés entraba, descendía la columna de nube sobre la Tienda mientras el Señor hablaba con Moisés. Entonces, todo el pueblo se postraba, cada uno junto a la puerta de su tienda. Y dice el texto: **«El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como se habla con un amigo».** Estas palabras expresan el grado de cercanía e intimidad entre Dios y Moisés. Sin embargo, este «hablar cara a cara» no hay que entenderlo de una forma absoluta. El libro del Éxodo sigue relatando cómo Moisés entabla un diálogo con Dios y le va pidiendo algunas cosas, por ejemplo, que le acompañe en el camino hacia la tierra prometida con esa presencia que suponía la Tienda del Encuentro. Y Dios va respondiendo a todo «sí». Entonces, Moisés hace la gran petición: **«Déjame ver tu gloria», «déjame ver tu rostro».** Y aquí llega un «no» de Dios a Moisés. Le responde Dios: Yo haré pasar todo mi esplendor ante ti, pero no podrás ver mi rostro. Mira aquí en la roca hay una grieta, te pondrás allí, cuando yo pase tapané la grieta con mi mano y al retirar la mano, podrás ver mi espalda, **«pero mi rostro no se puede ver».** Este es un texto precioso porque expresa el gran anhelo del hombre: alcanzar a Dios, contemplar a Dios en su mismo ser y deleitarse en él. Un deseo que está alentado además por la misma Escritura, por ejemplo cuando dice en el salmo: **«Buscad mi rostro».**

La negativa de Dios responde a una realidad: que entre el hombre y Dios existe una frontera que el hombre, en ese momento aún no puede salvar. Dios es demasiado grande y el hombre es aún demasiado pequeño. Aún tendrán que ocurrir dos cosas: que Dios se abaje y que Dios eleve al hombre en su ser, lo acreciente en su ser, recree el ojo de su espíritu para hacerle capaz de entrar en su contemplación. Y eso no ocurrirá hasta que llegue la plenitud de los tiempos.

Juan dice en el prólogo: **«ningún hombre ha visto a Dios»**, por tanto, tampoco Moisés. Sin embargo, el límite que experimentó Moisés no lo tiene el Verbo, porque él es el Unigénito del Padre, el que viene del Padre. Por eso el Verbo nos lo ha dado a conocer.

Esta es la gracia y la verdad que nos han venido por Jesucristo, un verdadero conocimiento de Dios, un verdadero acceso a Dios.

Esta es la relación que el cuarto evangelista establece entre Moisés y Jesús en el pórtico de su Evangelio, y es una relación que vuelve a aparecer en el episodio que comentamos. Pero antes de ir a él es necesario que os quedéis con una cosa que ya hemos dicho: el gran don que Moisés dejó en herencia fue la Ley, entendida como camino de vida.

Vayamos ahora al diálogo que Jesús mantiene con aquellos hombres que han sido saciados:

1. Lo primero que hace notar el evangelista es el tiempo sagrado en el que se enmarcan los signos y las palabras de Jesús: «estaba cerca la fiesta de la Pascua». Se trata de la segunda Pascua de la vida pública de Jesús. Este pasaje está puesto en relación con la fiesta judía de la pascua y con el establecimiento de la pascua cristiana en la muerte y en la resurrección de Cristo, como acontecimiento salvífico para el que cree.

2. Después de la multiplicación de los panes y los peces, aparece la primera referencia a Moisés. Y es que, al ver el gran signo, aquellos hombres dicen: «**Este es verdaderamente el Profeta que tenía que venir al mundo**». Ahora, ¿a qué profeta se refieren? A uno que fue prometido a Moisés.

Volvemos a otro momento de la vida de Moisés, cuando estaba ya al final de su vida y tiene a la vista la Tierra prometida que él no pisará. En esta situación, Moisés dice a su pueblo: «**El Señor me dijo: “[...] Les suscitaré un profeta como tú de entre sus hermanos; y pondré mis palabras en su boca; él les hablará cuanto yo le ordene. Si alguno no escucha las palabras que hablará en mi nombre, yo le pediré cuentas”** (Dt 18,17-19)». ¿Qué significa la promesa de «un profeta como tú»? «**Un profeta como tú**» es la promesa de uno que viva en la intimidad con Dios y que complete el camino de la vida, el que Moisés había dado, pero que no podía dar la vida de Dios.

Cuando aquellos hombres ven el signo que ha hecho Jesús y dicen: «**Este es verdaderamente el Profeta que tenía que venir al mundo**», se están refiriendo a este prometido por Dios a Moisés.

3. Después de esto, viene un segundo signo: Jesús se aleja al monte y luego camina sobre las aguas agitadas del Mar de Galilea. Pero aquí no nos paramos.

4. El diálogo continúa al día siguiente. Los judíos le preguntan cómo ha llegado hasta allí y Jesús les espeta: vosotros me buscáis porque habéis comido y os habéis saciado.

Obrad no por el alimento que perece, sino por el que permanece hasta la vida eterna, el que yo os daré —no son las palabras literales, sino interpretadas—.

Entonces los judíos hacen la segunda alusión a Moisés: «**¿Qué debemos hacer para hacer las obras de Dios?**». Al que antes habían reconocido como «el profeta», que como Moisés, debería indicar el camino de la vida completando la Ley, le preguntan por ese camino: ¿Qué tenemos que hacer? ¿Cuál es el camino que tú nos marcas?

La respuesta de Jesús es que no se trata de hacer esto o aquello, sino de algo distinto. Jesús centra el camino de la vida en su propia persona: «Esta es la obra de Dios: que creáis en quien él ha enviado».

Los judíos ven la diferencia entre la ley de Moisés, que hacía referencia a sus deberes para con Dios y para con el prójimo, y esta nueva ley, que se centra en la persona de quien les habla. Y empiezan a dudar de que realmente este sea el Profeta. Por eso le dicen: Moisés nos dio pan del cielo —haciendo referencia al maná del desierto—, ¿qué signo haces tú para que creamos en ti? Para un cambio tan drástico en el *camino de la vida*, los judíos querían una prueba más contundente que la multiplicación de los panes.

Jesús les dice: «**Moisés no os dio el pan del cielo, sino que es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que ha bajado del cielo y da la vida al mundo**». ¿Qué significan estas palabras? Primero, algo que los judíos sabían: que el pan del desierto no era verdadero pan, era solo un pan provisional, un sucedáneo de pan, un alimento que debía ser superado y que, además, se corrompía. De hecho, cuando Israel pudo comer de la tierra prometida, cesó el maná. Segundo: Dios es el que da el verdadero pan bajado del cielo, que da vida al mundo.

Los judíos escuchan con agrado aquello de que Dios les ofrece un pan verdaderamente venido del cielo que da vida. Y le responden: «**Danos de ese pan**».

5. Es aquí cuando llega el primer escándalo para los judíos, porque Jesús dice: yo soy ese pan que baja del cielo y da vida al mundo. En estas palabras de Jesús hay dos afirmaciones que son clave:

1ª. Su origen celeste, su origen divino: él es alguien que viene del cielo, que viene de Dios, su origen está en Dios.

2ª. Justamente por eso puede dar la vida al mundo. Moisés trajo la Ley, Jesús trae la gracia y la verdad, porque él es el Dios unigénito y solo Dios puede convertirse en el pan que dé vida al corazón del hombre.

La afirmación de Jesús era muy provocativa para los judíos. Decían: «**No es este Jesús, el hijo de José, de quien conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo es que ahora dice: “He bajado del cielo?”**». Los judíos entendían, y con razón, que Dios es trascendente, que no está al alcance del hombre. Justamente por eso Moisés había experimentado el límite de su relación con Dios y no había podido contemplar su rostro.

¿Cómo puede este decir que ha bajado del cielo? Si además conocemos a su padre y a su madre, es decir, sabemos que ha nacido como cualquier otro. ¿De qué habla?

6. Pero la provocación a la fe no ha terminado. Jesús introduce un nuevo elemento desconcertante: este pan es mi carne y es necesario comer esta carne. Leo el texto, que es el centro de todo el largo pasaje:

«Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron. Este es el pan que baja del cielo, para que si alguien lo come no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Si alguno come este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo».

Los judíos se pusieron a discutir entre ellos: “¿Cómo puede este darnos a comer su carne?”.

Jesús les dijo: “En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Igual que el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así, aquel que me come vivirá por mí. Este es el pan que ha bajado del cielo, no como el que comieron los padres y murieron: quien come este pan vivirá eternamente”.

En estas palabras Jesús se reafirma en su origen divino y lo hace más explícito, más concreto: Habla de Dios como su Padre. Lo había hecho antes, pero ahora de forma más clara. Habla de cómo él es en concreto, él es Hijo: yo vivo por el Padre.

Se reafirma también en que él es el pan que ha bajado del cielo, pero la imagen del pan que es necesario comer se hace más audaz: este pan es mi carne. Y quien me coma recibirá de mí la vida, vida eterna. El que me coma permanecerá en mí y yo en él. Y de la misma manera que yo recibo la vida del Padre, el que me coma vivirá por mí.

Ahora, ¿qué hay detrás de la imagen del pan que se da como alimento, de la carne que hay que comer?: Una forma de sacrificio. Sin concretar cómo, Jesús anuncia un camino de muerte.

Lo más escandaloso está aquí: al tiempo que afirma su origen divino, anuncia que su camino para dar la vida al mundo es un camino de muerte.

En otro lugar del evangelio según san Juan se alude a la necesidad de morir para dar vida al mundo, con una imagen muy cercana a la del pan: «**En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo no muere al caer en tierra, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto**» (Jn 12,24). El pan que alimenta es el fruto del trigo, que antes ha tenido que morir para multiplicarse y ser capaz de dar el fruto necesario.

El pan de Dios que da vida al mundo y sacia es el fruto de su sacrificio. No es simplemente Cristo, sino Cristo ofrecido en sacrificio, el Hijo perfeccionado en el horno (o

en la fragua) de la humillación (cf. Si 2,2). Solo pasando por la cruz, llegará Cristo a ser el pan perfecto para el hombre.

La estrecha relación entre Dios y el sacrificio en la misma persona de Jesús es ya el colmo del escándalo. Jesús no solo se hace uno con Dios, además se propone como carne de sacrificio para dar vida. No solo es alguien que tiene la pretensión de venir de Dios y ser su Hijo, sino quien señala la propia muerte como fuente de vida. Son ideas que no casaban bien ni con la sensibilidad de los judíos ni con la nuestra: Dios humillado, lo más alto en lo más bajo, el camino de la humillación como el camino de Dios, y en esa humillación la vida verdadera para el hombre.

Resumamos las tres ideas clave de la revelación de Jesús, que suponen una provocación para los judíos:

1ª. Su origen celeste, su origen divino: él es alguien que viene del cielo, que viene de Dios, su origen está en Dios.

2ª. Justamente por eso puede dar la vida al mundo. Moisés dio la ley, Jesús trae la gracia y la verdad, esto es, el definitivo acceso a Dios, porque él es el Dios unigénito.

3ª. La afirmación de que siendo Dios se ofrece como el único pan que da vida al corazón del hombre. La carne que se ofrece en sacrificio para dar la vida de Dios anuncia así la oferta de Dios en la Cruz, en la Eucaristía.

7. Estas afirmaciones suponían una provocación no solo para los que san Juan llama «los judíos», sino también para aquellos que se consideraban discípulos. Primero había que aceptar que Dios estuviese en aquel hombre, ahora que el camino de Dios para dar vida pasaba por alguna y escondida forma de destrucción. La provocación exigía una toma de postura: dar fe o rechazar a aquel que se proponía a sí mismo como vida del pan bajado del cielo que había que comer. Jesús, al poner su persona en el centro de la cuestión, («Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que él ha enviado») fuerza a acogerle a él o a rechazarle. Los discípulos no pueden separar entre la persona y el mensaje. Rechazar el mensaje significa alejarse de la persona, aceptar el mensaje significa entregarse a él.

Y las dos cosas se dan entre los que le siguen: «**Al oír esto, muchos de sus discípulos dijeron: “Es dura esta enseñanza, ¿quién puede escucharla?” [...]. Desde ese momento muchos discípulos se echaron atrás y ya no andaban con él. Entonces Jesús les dijo a los Doce: “¿También vosotros queréis marcharos?”. Le respondió Simón Pedro: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios”**».

8. Es sorprendente cómo el gran signo de la multiplicación de los panes termine siendo la ocasión que anuncia el camino hacia la cruz, y así, en una encrucijada para aquellos que le siguen, que se ven forzados a decidirse respecto a la persona de Jesús.

Es necesario destacar que en los Evangelios sinópticos también aparece la multiplicación de los panes como una encrucijada para los que siguen a Jesús. Y la confesión de fe de Pedro en relación con la revelación del camino de la cruz. Después de que hayamos analizado el texto, se ven mejor las conexiones profundas entre los sinópticos y Juan:

- A) «La multiplicación de los panes se convierte, por un lado, en el signo eminente de la misión mesiánica de Jesús, pero al mismo tiempo, en una encrucijada en su actuación, que a partir de entonces se convierte en un camino hacia la cruz»¹.
- B) En los sinópticos aparece primero el acto de fe de Pedro (Mt 16,16; Mc 8, 29; Lc 9,20), luego la revelación del camino hacia la muerte, el escándalo de Pedro y la reafirmación, por parte de Jesús, de ese camino como el camino previsto por Dios. En Juan es al revés y casi tiene más fuerza dramática aquí el acto de fe de Pedro.

Para Pedro y para los otros Doce las palabras de Jesús tuvieron que suponer un choque tremendo. En el cuarto evangelio Jesús no dice con tanta claridad que va a morir en Jerusalén, pero la oscuridad del camino, el no saber, no quita dramatismo, más bien lo acentúa. Y luego está el hecho de que muchos se apartasen: ¿No les haría pensar a ellos en dejarlo también? Jesús mismo pone en evidencia esta tentación que tuvieron que vencer: «**¿También vosotros queréis marcharos?**».

Muchos de los discípulos se van, pero el grupo de los Doce se mantiene y da un nuevo paso en su fe: «**Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios**». Con estas palabras Pedro retoma la comparación entre Jesús y Moisés. Moisés había dado con la ley palabras de vida, pero a Jesús Pedro le dice: «**Tú tienes palabras de vida eterna**».

La confesión de fe de Pedro es un punto determinante, una verdadera encrucijada en la fe de los apóstoles. No solo aceptan el origen divino de Jesús, sino el contradictorio y oscuro camino del sacrificio. Es seguro que los Doce no tenían en este momento una plena comprensión de las palabras de Jesús, que no tenían una idea clara de lo que significaba que Jesús se identificase con Dios, afirmase su origen divino y que hablase de Dios como de su Padre. Tampoco podían en ese momento prever el concreto camino del sacrificio que se escondía tras las palabras de Jesús, ofreciéndose como pan y carne que es necesario comer. Pero sin este paso de aceptación más bien oscura no habrían podido seguir

¹ Joseph Ratzinger, *Jesús de Nazaret I* (La esfera de los libros, Madrid 2007) 311

adelante, ni habrían podido afrontar el escándalo de la cruz, ni habrían podido luego, después de la resurrección, llegar a la identificación plena entre el crucificado con el Dios verdadero, como hará Tomás en la famosa escena de las llagas: «**Señor mío y Dios mío**».

Los Doce, para que tras la resurrección pudiesen unirse plenamente a Cristo y captar su misterio, para llegar a comprender, primero tienen que creer. Es la naturaleza de la fe. Los apóstoles ven signos y, a la luz de lo ya anunciado en el AT y a la luz de las expectativas del alma humana, entienden que Jesús puede ser quien dice ser. Pero el conocimiento propio de la fe no se concluye de la suma de todos aquellos indicios. Hay un conocimiento de Dios que solo da el acto mismo de la fe. La fe da luz a la inteligencia. Una vez recorrido cierto camino, como el que han hecho hasta aquí los Doce, el paso decisivo no es entender para creer, sino más bien, creer para entender («*Credo ut intelligam*»²).

Con palabras del beato cardenal Newman:

« La fe empieza como un riesgo; la recompensa es que ves »³.

« La luz es como la recompensa de los que por un acto de la voluntad, por el dictado de la prudencia y de la razón, abrazan la verdad en ese punto en que la naturaleza se encoge como un cobarde, no llega. Hay que arriesgarse. Antes de la conversión, la fe es un riesgo; después es un don »⁴.

Y de una forma muy precisa, escribía Ratzinger:

«La fe, en el sentido del credo, no es una forma imperfecta de saber, una opinión que el hombre puede o debe remover con el saber factible. Es, más bien y esencialmente, una forma de actitud espiritual, que existe como propia y autónoma junto al saber factible, pero no que se refiere a él ni de él se deduce. Pues la fe no está subordinada ni a lo factible ni a lo hecho, aunque tenga algo que ver con ambos, sino al ámbito de las grandes decisiones a cuya responsabilidad no puede sustraerse el hombre y que, en rigor, solo se pueden realizar de una forma. A esta forma la llamamos fe»⁵.

V. SÍNTESIS FINAL

Hemos visto dos puntos neurálgicos de la revelación de Cristo:

a) Sobre quién es

- su identificación con Dios,
- su filiación (que él es el Hijo de Dios)
- el modo de su filiación (cómo vive humanamente esa filiación única)

² SAN ANSELMO DE CANTERBURY, *Proslogion* 1; Cf. San Agustín, *Tract. Ev. Jo.*, 29.6: «*crede, ut intelligas*»

³ J. H. NEWMAN, *Perder y Ganar* (Encuentro, Madrid 2009) 327. Son palabras que Newman pone en boca de dos personajes de su novela *Perder y Ganar*

⁴ *Ibid.*, 368

⁵ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo* (Sígueme, Salamanca 2007) 65

b) Sobre su misión y sobre el modo de esa misión:

- él es el pan que viene a dar vida al que crea en él.
- Y se entrega como carne para ser comido. Lo que ya indicaba el camino hacia el sacrificio.

Jesús une en su persona dos realidades que parecen contrapuestas: por un lado su origen divino, su ser uno con Dios, su pretensión de ser Hijo, y por otro, el camino de sacrificio, como el modo oscuro de su misión: **«el que me come, vivirá por mí»**.

E identifica el camino del hombre, la respuesta al desafío de la existencia humana, lo que debe hacer para alcanzar su salvación, con el único hecho de acogerle a él por la fe: **«Esta es la obra de Dios: que creáis en quien él ha enviado»**.

Identificar la salvación del hombre, de cada uno de los hombres concretos que tiene delante y le escuchan, con la fe en él y, además, unir en su persona la realidad de Dios y el camino del sacrificio, fuerza a una toma de postura de cada uno. Todos tienen que tomar postura ante él. No solo ante las cosas que dice, sino ante él. Al final hay que acogerle o rechazarle a él. Los que le siguen, no solo los Doce sino todos los otros, están ante una verdadera encrucijada. Esta encrucijada se salda con el abandono de muchos y con la decisión de los Doce de permanecer con él: **«Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios»**.

Rechazarle y alejarse o acogerle y seguirle.

Acogerle y seguirle implica ya una forma de tomar ese camino oscuro que ha dejado entrever en la imagen del pan y de la carne que es necesario comer. Se nota una especie de desconcierto del alma, que no sabe muy bien lo que tiene delante y que no sabe muy bien el camino que se abre a sus pasos. Pedro y los Doce participan con ello del desconcierto de los que se van. Su acto de fe, la decisión de seguirle, no excluye de su alma el desconcierto, pero en ellos pesa más la fascinación por aquel hombre de carne y hueso, por aquel hombre real en cuya compañía se experimenta la alegría de novedad que ya ha comenzado y la apertura a una esperanza de vida plena, la vida eterna, la vida de Dios.

En las palabras de Pedro aparece el reconocimiento de esta novedad (**«Hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios»**); aparece la esperanza de la vida plena que su presencia abre (**«Tú tienes palabras de vida eterna»**); y aparece de una forma muy expresiva el deseo de no volver al hastío de la vida anterior, antes de que aquel hombre apareciese en sus vidas (**«¿A quién vamos a ir?»**).

P. Enrique Santayana C.O.